

La mujer maltratada: sus redes y estrategias para afrontar la violencia

Irene Pineda Fermán*

Resumen. - El presente trabajo es el resultado de un estudio exploratorio de tipo cualitativo sobre la violencia conyugal, cuyo objetivo era describir las diferentes formas de violencia y las estrategias de afrontamiento utilizadas, e identificar las redes de apoyo existentes. Para la realización de esta investigación se entrevistó a veinte mujeres. La metodología utilizada para la realización de este trabajo fue el análisis temático de cada una de las historias de vida de las personas entrevistadas.

Introducción

Bajo cualquiera de sus formas, la violencia golpea nuestra vida cotidiana. Pero se vuelve más insostenible cuando surge en el lugar que debería aportar afecto, comprensión, protección y solidaridad: la familia (Ferreira, 1991:21-22). La violencia contra la mujer es un fenómeno que se ha incrementado con el pasar de los años, a pesar de la implementación de centros de atención y de las convenciones internacionales suscritas por los Estados para hacerle frente.

Un estudio del BID (1997) sobre el impacto socioeconómico de la violencia doméstica en Nicaragua, evidencia los costos económicos - costos laborales y gastos en salud- que la violencia contra la mujer implica para la sociedad nicaragüense. De este estudio se desprenden por lo menos tres conclusiones importantes.

En la salud: las mujeres que sufrieron violencia doméstica durante el embarazo, tuvieron 3 veces más complicaciones durante el parto.

En el desempeño educativo: los hijos de mujeres que sufren abuso en el hogar, tienen una mayor probabilidad de estar expuestos a malos tratos por parte de sus padres y, por esta vía, verse afectados en su desempeño educativo.

En la transmisión intergeneracional: una de las terribles consecuencias de la violencia doméstica es su perpetuación dentro y fuera de la familia. Presenciar actos de violencia doméstica enseña a los niños/as que la violencia es un medio apropiado para resolver las desavenencias, lo que tiende a conducirlos a adoptar una conducta violenta fuera del hogar.

Según algunos autores, como Stith y Rosen (1992), existen varios factores que inciden en la violencia doméstica.

La cultura de la violencia

La presencia de la violencia en la televisión, en los sistemas legales y gubernamentales y en las comunidades incide sobre el nivel de violencia en las familias. Las sociedades que toleran e incluso glorifican la violencia fuera de la familia, son susceptibles de presentar niveles elevados de violencia dentro de la familia.

* Departamento de Psicología y Maestría en Género -UCA.

Strauss (1977) sugiere que la violencia exhibida en los medios de comunicación cumple la función de reflejar tanto el elevado nivel de agresión que existe en la sociedad como de perpetuar el modelo. Los padres y las madres reciben mensajes mostrando que el castigo físico es necesario para la buena crianza de los niños y las niñas.

Esto refuerza no sólo la creencia de los adultos de que el castigo físico es una forma aceptable de tratar a los niños que se portan mal, sino también la creencia de los niños de que los adultos que les hacen daño tienen derecho a hacerlo cuando se portan mal, borrando la frontera entre lo que es una disciplina y lo que es el abuso.

El estatus subordinado de la mujer

Los valores culturales respecto a los roles femeninos y masculinos inciden también sobre el nivel de violencia de las familias. En nuestras sociedades patriarcales, los hombres continúan poseyendo un mayor estatus que las mujeres en los ámbitos laborales, legales, etc. Dentro de las familias y fuera de ellas, los niños reciben mensajes claros de que las mujeres no son tan importantes como los hombres. Estos mensajes pueden llevar a que mujeres involucradas en relaciones de maltrato piensen que sus necesidades, e incluso sus vidas, no son tan valiosas como las necesidades de sus hijos o de sus maridos.

De esta forma, las mujeres pueden ser capaces de permanecer en hogares en los que son maltratadas, con el fin de garantizar que sus hijos tengan el necesario soporte económico o para proteger a sus maridos. Muchos hombres siguen pensando que ellos son dueños de sus esposas y sus hijos y que tienen derecho

a "utilizar" a sus mujeres e hijos de la manera que mejor les plazca.

Experiencias de socialización

La experiencia y la exposición a la violencia en una generación determinada incrementa la posibilidad de que ésta aparezca en las generaciones siguientes. Esta teoría ha sido ampliamente explicada por el terapeuta contextual Ivan Bozsonmengyi-Nagy (1981, 1984, 1986). Según Nagy, esto se explica en términos de dar y recibir, y de lealtades familiares.

En general, el término de lealtad se utiliza para designar una actitud positiva de fidelidad y de sinceridad hacia el objeto de la lealtad. Para Nagy, la lealtad es un concepto clave en su obra y tiene una acepción mucho más amplia: la lealtad sobrepasa el concepto de fidelidad a la ley y exige más bien una actitud psicológica. La lealtad familiar se basa en la consanguinidad o en el parentesco.

Habiendo recibido la vida, el infante siente un deber ético hacia sus padres y desea pagar la deuda. Las lealtades familiares son la expresión de las deudas y los deberes. En este contexto un pariente es leal cuando incorpora y asume las expectativas de su familia de origen.

La lealtad concierne al patrimonio de las generaciones anteriores. Cada individuo recibe un patrimonio antes de su nacimiento, se trata de un mandato. La noción de patrimonio indica que la persona puede crear algo mejor a partir del pasado o puede "pasarle la cuenta" a la generación siguiente, sobre la base de la violencia o la injusticia de la cual fue víctima de parte de la generación anterior.

Para Nagy, en las familias existe un gran libro que contabiliza las relaciones

familiares. Este registro de los méritos y las deudas acumuladas por los miembros en una relación, permite hacer un balance provisional: la balanza entre el dar y recibir. Se espera arreglar en una generación lo que ha estado desequilibrado en la generación precedente. Pero, a veces, por lealtad indirecta, se repiten los errores del pasado.

La simetría y la asimetría de la relación determinan las condiciones en las cuales los individuos pueden dar y recibir. En una relación simétrica, los involucrados deben acordar una consideración comparable. Un desequilibrio podría acarrear la ruptura. En una relación asimétrica, el niño es el compañero disímil del cual no se puede esperar que la contribución compense todo lo que él recibe. La balanza de justicia entre padre e hijo exige equidad y no reciprocidad. El padre incestuoso, por ejemplo, niega la asimetría cuando busca una relación sexual adulta con su niño. El síntoma que el niño presente sería una tentativa de restablecer la asimetría y la equidad.

En general, ningún padre realista puede aspirar a ser reembolsado por lo que le ha dado a su hijo. Lo mismo, ningún hijo puede esperar ser indemnizado por los cuidados prodigados a un pariente enfermo o agonizante. De esta manera, la balanza de justicia sobrepasa, según Nagy, el principio *quid pro quo* (dando y dando).

El relato en las historias de vida de las mujeres maltratadas

El relato que una persona hace de su historia es esencial porque organiza e integra sus experiencias y, por ello, determina lo que produce en su vida cotidiana. En el proceso constante de crear y recrear sus vidas, las personas tienden a presentar una historia coherente y plausible. La historia de vida es una

herramienta psicológica valiosa, porque expresa el sentimiento personal dentro de un contexto social dado, las estrategias para comunicar ese sentimiento a los otros, y las razones por las que una persona afirma pertenecer a un grupo social.

El relato de la violencia está vinculada con la vida entera del narrador, de la cual la violencia es sólo una parte. Cuando la persona narra su historia, necesita ajustar toda su vida para acomodar en ella la violencia. Del mismo modo, cuando la violencia termina, la persona tendrá que volver a encuadrar su historia, para que ésta sea plausible sin la violencia. La explicación del narrador está ligada al tiempo y a la historia; sin estas dimensiones, no pueden ser comprendidas sus partes específicas. Al intentar presentar una historia coherente, la gente también describe implícitamente las normas y valores del grupo social al que dice pertenecer (Reissman, 1994: 113-132).

La simbólica del lenguaje

El instrumento clave para crear significado es el lenguaje. Por su calidad simbólica, el lenguaje permite que las personas organicen, describan y den significado a sus experiencias, comportamientos y, en general, a su existencia (Berger y Kellner, 1975: 219-233). El lenguaje no sólo comunica sino que también crea realidad. Es descriptivo, pero también prescribe expectativas. Mediante el lenguaje, nombramos y encuadramos las experiencias y, al hacerlo, les damos, una y otra vez, una dirección.

A la luz de estas consideraciones, el relato de la historia de vida permitiría cambiar de cierta manera la dirección del proyecto de vida. Es fundamental, entonces, que la historia de vida no sólo sea vista como instrumento investigativo, sino como elaborador y perlaborador de la historia. A través del lenguaje,

podemos comprender las interpretaciones subjetivas del mundo del relator, e intentar inducir cambios en ellas. Un cambio de lenguaje puede llevar a nuevos significados que, a su vez, posibilitarían un nuevo repertorio de comportamientos. Hablar de manera no violenta o cambiar la forma de interpretar la violencia, de modo que incluya un reconocimiento de la responsabilidad, probablemente lleve a comportamientos no violentos.

El caso de Eulalia

Nuestro estudio abordó un total de 17 historias de mujeres maltratadas. Sobre estos 17 casos, se pueden hacer consideraciones numéricas, con el propósito de determinar cuáles son las características más o menos comunes al conjunto de mujeres entrevistadas. Sin embargo, las cifras siempre tienen el inconveniente de no permitir al lector captar la riqueza de cada caso o, por lo menos, de los casos prototípicos. El caso de Eulalia es uno de éstos. Su historia resume y representa de alguna manera a los otros 16 casos que forman parte de nuestro estudio.

Eulalia es una mujer de corpulencia delgada y tez morena. Sus ojos negros dejan percibir una sombra de profundo dolor, producto del sufrimiento perpetuado a lo largo de los años. Su sonrisa, siempre presente, trata de esconder una mueca de cansancio acumulado. Aparenta tener una cierta vitalidad moribunda.

Eulalia tiene una hija, quien es la razón de su vida. Cuando habla de ella, pareciera que vuelve a la vida. Sus gestos se vuelven espontáneos, aunque a lo largo se percibe una nota de preocupación...

Esta mujer ha sobrevivido a la tortura, a la muerte física y psicológica durante diez largos años. Pero logró huir de su hogar para ponerse a salvo ella y su hija. A pesar de todo lo que ha sufrido, esta mujer no presenta ningún síndrome atribuible a patología psicológica alguna, lo que nos hace suponer que ha utilizado sus recursos internos y externos para sobrevivir.

Aunque sabemos que cada historia es original, la historia de Eulalia no es una historia como las otras. Nos permitiremos transcribir una parte de su relato:

" Recuerdo que mi marido me pasaba comida en una taza como si yo fuera un perro. Me golpeaba, me malmataba, me pateaba y las sesiones de tortura continuaban... En estas sesiones me ponía un cuchillo en la garganta y me hacía repetir de qué manera él iba a matarme a mí y a mi hija, a pedazos... Todos los días eran iguales, unos peores que otros. Temía por la vida de mi hija. Intenté escapar, pero eso me costó una paliza. Casi pierdo a mi hija...no podía denunciar nada, tenía temor, miedo..."

Diecisiete historias de un mismo drama...

Como este relato, hay miles que se resguardan en los hogares, formando parte del patrimonio familiar. En la investigación cualitativa que se describe a continuación, se pueden identificar formas de agresión, así como estrategias y recursos externos para afrontar la violencia doméstica. La metodología utilizada para la realización de este trabajo fue el análisis temático de cada una de las historias de vida.

Para la realización de este estudio exploratorio se entrevistó a veinte mujeres, recogiendo la historia de vida

de cada una de ellas. En el análisis se prescindió de tres historias por estar incompletas, ya que las mujeres dejaron de asistir por temor a ser descubiertas por sus cónyuges.

Las 17 mujeres estudiadas tienen entre 20 y 40 años, 11 de ellas son casadas y 6 son solteras o mantienen una unión libre. El nivel académico que presentan va desde analfabetas y mujeres con estudios de primaria y secundaria, hasta estudios universitarios. La mayoría de estas mujeres son desempleadas, amas de casa o empleadas domésticas y desempleadas.

El número de hijos varía entre 0 y 12 hijos. La relación entre las mujeres y el número de hijos oscila según la edad. Las edades de las mujeres que tienen de uno a 4 hijos se sitúan entre 21 y 33 años. Las que no tienen hijos van desde los 20 a los 27 años y presentan una mayor escolaridad. Las mujeres que tienen de 7 hasta 12 hijos son las menos escolarizadas y su edad oscila entre 33 y 40 años.

La religión que dice practicar la mayoría de estas mujeres es la católica y la evangélica. Un 2% dice no practicar ninguna religión. Todas las mujeres pertenecen a un estrato social de bajo a medio-bajo.

La infancia: el inicio del calvario

De las 17 mujeres, 13 revelan haber sufrido maltrato durante su tierna infancia. Dos de ellas fueron abusadas sexualmente y otras dos más fueron abandonadas física y emocionalmente por sus figuras maternas.

Durante la infancia, en todas las mujeres predomina el tipo de violencia emocional seguido de la violencia física. Las personas que las maltrataban durante su

infancia suelen ser la madre y el padre. Solamente en algunos casos aparecen los tíos, los abuelos y abuelas.

Pasarle la cuenta a la generación siguiente...

En 8 casos, las madres de las mujeres maltratadas también han sido víctimas de maltrato conyugal. En 4 casos, la abuela de la mujer maltratada fue abusada física y psicológicamente. Y en 3 casos el padre de la mujer violentada sufrió maltrato durante su infancia. En suma, en 15 de los 17 casos ha existido la violencia, en la generación inmediatamente superior o en las dos generaciones anteriores.

Las lealtades familiares: la reproducción de pautas violentas

Durante el noviazgo, cuatro de las diecisiete mujeres revelan haber sido maltratadas física y psicológicamente. Mientras que en su convivencia marital, todas las mujeres confiesan haber sido objeto de vejaciones.

Los tipos de maltrato más comunes son el físico, el psicológico, el sexual y el maltrato social (aislamiento social forzado: no permitirle ver a su familia, amigos, etc.). Estos tipos de maltrato no se dan aislados, sino que se traslapan unos con otros. No se puede decir que una mujer que es maltratada físicamente, no lo es psicológicamente o socialmente. Existe una gran correlación entre los diferentes tipos de maltrato.

Maltrato actual del cónyuge y su familia

Todas las mujeres manifiestan que, en el momento en que se lleva el estudio, están siendo víctimas de maltrato por

parte de su cónyuge y de otros miembros de la familia. Cinco mujeres refieren estar siendo agredidas por su propia madre; otra mujer por su padre; dos más por la abuela materna; otras seis mujeres por la suegra; cuatro por sus cuñados; otra más por sus hermanos y una última está siendo violentada por su padrastro. En algunos casos, el maltrato se da simultáneamente por parte del marido, de la suegra y del cuñado. En general, las mujeres maltratadas experimentan un fuerte deterioro físico. Sin embargo, predomina el deterioro emocional en lo que se refiere a su autoestima, autopercepción, autoimagen, valoración de sí misma, etc.

Estrategias utilizadas

Si tomamos la descripción de estrategias de afrontamiento de Lazarus y Folkman (1990), encontramos que las estrategias más utilizadas por las mujeres entrevistadas son la confrontación, el distanciamiento y la planificación, el escape o la evitación y la búsqueda de apoyo.

Hemos realizado una descripción más detallada de las estrategias, retomando algunos de los elementos que aparecen en el instrumento de Strauss (1975). En este sentido, las estrategias más utilizadas según su orden de frecuencia son:

1. La rebelión, es decir, llora, grita, contesta mal.
2. Hace lo mejor para no empeorar la situación.
3. Confía en que Dios le dará fortaleza.
4. Ora o reza más de lo habitual.
5. Comunica sus sentimientos y emociones (enojo, tristeza, preocupación, dolor, etc.) con otras personas.
6. Va a misa o se reúne con su congregación.
7. Habla con alguien que le aconseje qué hacer.

8. Finge ante el exterior que no ha sucedido nada.

Las estrategias menos utilizadas:

1. Se dice a sí misma que no puede ser verdad lo que le ocurre.
2. Se niega a creer lo que sucedió.
3. Hace algo para pensar que en realidad nada ha ocurrido.
4. Busca trabajo y trata de olvidar los problemas.
5. Se refugia en los estudios para no pensar en nada.

Algunas de estas estrategias son utilizadas por las mujeres en una primera etapa del maltrato, porque les cuesta creer lo que les ocurre. Sin embargo, con el tiempo van asimilado la dura realidad y recurren a otras estrategias.

Las estrategias poco o nada utilizadas son las siguientes:

1. Busca apoyo institucional (Policía, Centro de salud, Comisaría de la Mujer, etc.)
2. Contacta a alguien de su entorno para que le ayude a resolver problemas concretos.
3. Se confiesa, pide orientación o guía espiritual.
4. Trata de obtener apoyo efectivo de la familia.
5. Pone en práctica un plan de acción para resolver la situación.

Pensamos que estas últimas estrategias son poco o nada utilizadas, porque en la primera fase del maltrato las mujeres se encuentran en un proceso de toma de consciencia de su realidad y todavía no están preparadas para pasar a la acción.

Redes de apoyo

Para medir las redes de apoyo nos basamos en el modelo de Sluzki

(1984:13-16), el cual consiste en un diagrama con cuatro cuadrantes, y tres círculos concéntricos. Los cuatro cuadrantes representan la clasificación de las redes de apoyo: 1) la familia, 2) los amigos y vecinos, 3) la comunidad, la iglesia y las instituciones sociales, 4) el trabajo y la escuela. Los círculos concéntricos indican el nivel de cercanía o lejanía emocional en el que se encuentra la persona en relación con su entorno.

En este estudio, 15 de 17 mujeres cuentan solamente con el apoyo de la familia (madre, padre, hermanos, hermanas, tíos), 8 de ellas cuentan además del apoyo familiar, con el apoyo de amigos. 2 mujeres, a pesar de no contar con el apoyo familiar, cuentan con el apoyo de vecinos y amigos, personas de la comunidad. Solamente en 6 casos se percibe, además del apoyo de algún familiar, ayuda por parte de compañeros de trabajo. Si bien todas las mujeres han buscado ayuda psicológica, solamente dos de ellas utilizan otras redes externas tales como la Policía, Comisarías de la Mujer o Centros de Salud.

Estos datos nos hacen suponer que en cuanto a redes de apoyo se refiere, la familia cercana es la primera que auxilia. Cuando la familia no está presente, son las relaciones amicales y de vecindario las que toman el relevo o fungen a la par del apoyo familiar. Y cuando existe poco apoyo de la familia y de los amigos, entonces se recurre a las redes que pertenecen al ámbito del trabajo.

La cercanía emocional de las diferentes redes de apoyo varían. A veces es la familia la que se encuentra más cercana emocionalmente. En otros casos, la familia ayuda en tareas puntuales como el cuidado de los niños y son los amigos, vecinos y miembros de la iglesia los que brindan el soporte emocional necesario o dan albergue a la mujer y a sus hijos en momentos difíciles.

El tipo de apoyo que las mujeres reciben es sobre todo emocional, moral y económico. De las 17 mujeres, 15 reciben apoyo emocional de parientes, amigos y vecinos; 5 de éstas reciben apoyo económico. Otras 5 mujeres reciben, además del apoyo antes mencionado, otro tipo de apoyo, como el cuidado de los niños, alimentos, ropa, pequeños favores, etc., por parte de familiares, vecinos y amigos.

Redes de apoyo y estrategias a la luz del modelo de empoderamiento

A partir del análisis de sus propias historias de vida, las mujeres inician o consolidan un proceso de empoderamiento, el cual se define como la reapropiación de sus recursos internos (p.ej., auto-estima, valía personal, auto-imagen, etc.) y externos (p. ej., redes familiares, amicales y sociales) (Pineda Fermán, 1997:144-147).

El empoderamiento es un proceso que se desarrolla en tres dimensiones que se retroalimentan mutuamente: el recogimiento interior, el vistazo exterior y la acción. Al interior de estas tres dimensiones se entretajan seis fases:

I. *El encuentro consigo mismo.* Cuando alguien ha vivido durante largo tiempo en la vergüenza de ser humillado/a hay un enorme trabajo para reconciliar la persona con ella misma. Hacer surgir en estas personas sus emociones, sentimientos y carencias en su experiencia de vida, no es fácil cuando la vida ha sido tan dura. Contar su historia de vida desde su infancia, permite a la persona confrontarse con una vivencia pasada que, sin embargo, se repite en el *hic y nunc*.

II. El reconocimiento y cuestionamiento de la situación. Es la confrontación con la realidad: la persona toma conciencia de su situación de impotencia en tanto que ser maltratado. Esta confrontación puede hacer desarrollar las fuerzas internas. La confrontación quiebra la actitud de fatalidad que consiste en tolerar el maltrato. Esta fase comprende la toma de conciencia de las propias fuerzas internas, los recursos externos (familia, amigos) y de la ayuda disponible, el reconocimiento de los nudos conflictuales o de las repeticiones en su historia de vida, la toma de conciencia de la dignidad, el reconocimiento de las creencias personales y las del entorno, el cuestionamiento de su actual situación y el deseo de cambiarla, trazarse objetivos en el tiempo y en el espacio, hacer intentos de cambios.

III. La evaluación y la actualización de recursos. Comprende la actualización de recursos de los que se dispone para una dificultad precisa. Por ejemplo, llamar por teléfono o contactar a una amiga para saber si ésta estaría dispuesta a darle alojamiento, acudir a alguien de su familia para saber si puede contar con su ayuda.

IV. Las demandas de ayuda. Cuando una mujer maltratada ha decidido romper con una relación maltratadora, ella ya no se encuentra frente a la impotencia, sino frente a la soledad que se acompaña de las nuevas redes que ha ido recuperando o desarrollando y que pueden aportarle apoyo material y emocional. Para las mujeres maltratadas, romper el silencio no es fácil, pero lo hacen para demandar solidaridad y ayuda.

V. La socialización de la experiencia. Muchas mujeres maltratadas com

parten su historia de vida como si el hecho de contarla viniera a romper el hechizo al que han sido sometidas. Estas mujeres sienten el deseo de transmitir las lecciones de coraje y de determinación y la manera en las que ellas han vencido la adversidad. El hecho de hablar les permite tomar distancia con relación a su propia historia. Esto les ayuda a trazar proyectos de vida.

VI. La participación activa en la comunidad. Comprende la formación continua de sí misma, una participación activa y comprometida al interior de la familia, el grupo o la comunidad. Se trata del trabajo en las asociaciones del barrio o de la comunidad, para acompañar en el plano humano a otras mujeres que se encuentran en la sombra y sin voz.

Existe una relación interesante entre las estrategias utilizadas, las redes de apoyo y las fases en las que se encuentran las mujeres. Si analizamos las principales estrategias utilizadas por las mujeres maltratadas, éstas se centran principalmente en "llorar, gritar", "hacer lo mejor para no empeorar la situación", "confiar en que Dios le dará fortaleza". Sus estrategias y sus redes de apoyo están enfocadas en hacer uso de sus recursos y de su fuerza interna para darle solución al problema de la violencia. Estas mujeres maltratadas se encuentran en la fase I y en transición hacia la fase II, ya que están haciendo surgir sus emociones, sus sentimientos y al mismo tiempo se están confrontando con la realidad, están tomando conciencia de sus propias fuerzas internas, etc.

En un segundo momento, las estrategias más utilizadas son: "comunica sus sentimientos y emociones a otras personas", "se reúne con su congregación", "habla con alguien que le aconseje qué

hacer". Estas estrategias conllevan la evaluación y actualización de recursos externos y las demandas de ayuda. Por lo tanto, las mujeres maltratadas se encuentran en la fase III y IV, ya que rompen el silencio y hablan con familiares y/o amigas que puedan brindarles apoyo emocional y/o material. En estas fases -III y IV-, las principales redes de

apoyo son la familia, los amigos y los miembros de la iglesia.

Como estas mujeres se encuentran en las primeras cuatro fases del proceso de empoderamiento, utilizan muy poco o nada los recursos externos tales como la Policía, Centros de salud, Comisarías de la Mujer, etc.

Bibliografía

- BERGER, P. y KELLNER, H. (1975). "Marriage and the construction of reality", en D. Brisset y C. Edgley (comps.), *Life as theater*. Chicago:Aldine.
- BOSZORMENGYI-NAGY, I. (1981)." Contextual family therapy", en A.S: Gurmna y D. P. Kinskern (comps.), *Handbook of family therapy*. New York: Brunner/Mazel Publishers.
- BOSZORMENGYI-NAGY, I. (1984). *Invisibles Loyalties*. New York: Brunner/Mazel Publishers.
- BOSZORMENGYI-NAGY, I. (1986). *Between give and take*. New York: Brunner/Mazel Publishers.
- FERREIRA, G.B. (1991). *La Mujer Maltratada*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.
- FONTAINE, P. (1994). "Familias Sanas" en *Familias y sociedad*. Zaragoza. Octubre, números 1/2, p.293-301.
- GELLES, R. y STRAUSS, M. (1979). *Determinantes de la violencia familiar*. N.Y. The Free Press.
- LAZARUS, R.S. y FOLKMAN S. (1990). *Estrés y procesos cognitivos*. Madrid. Martínez Roca Editores.
- LEGRAND, M. (1993). *L'approche biographique*, Paris. Ed. Hommes et Perspectives.
- MORRISON, A. (1997). *El impacto socio-económico de la violencia doméstica en Chile y Nicaragua*, BID. Nicaragua.
- PINEAU, G. y JOBERT, G. (1989). *Histoires de vie*. Paris. L'Harmattan.
- PINEDA, I. (1997). "Hacia una metodología en el trabajo con mujeres maltratadas", en I.Pineda Fermán (comp.). *Mujer y género:potencial alternativo para el nuevo milenio*. Nicaragua, Editorial UCA.
- REISSMAN, C.K. (1994)." Making sense of marital violence: one woman's narrative", en C.K. Reissman (comp.), *Qualitative studies in social work research*. Newbury Park, CA:Sage.
- RENDERS, X. (1994). *Enfance, santé mentale et société*, Louvain-la-Neuve, Academia, Pédasup 32.
- STRAUSS, M. (1977)." A sociological perspective on the prevention and treatment of wifebeating", en M. Roy (Ed.). *Battered women*. N.Y.: Van Nostrand Reinhold.
- SATIR, V. (1988). *The new peoplemaking*. Palo Alto, CA: Science and Behavior Books.
- SLUZKI, C.E. (1990). "Rupture et reconstruction du réseau lors du processus de migration/relocation", en *Cahiers critiques de thérapie familiale et de pratiques de réseaux*, Vol.12, Cahier 12. Toulouse. Editeurs Privat.
- STITH, S. y ROSEN, K. (1992). "Estudio de la violencia doméstica", en *Psicosociología de la violencia en el hogar*. Barcelona. Ed. Desclée De Brouwer.
- WHITAKER, C.A. y KEITH, D. V. (1981). "Symbolic-experiential family therapy", en A.S. Gurman y D.P. Kniskern (comps.), *Handbook of family therapy*. Nueva York: Brunner/Mazel.